

LA BÚSQUEDA DEL
CIELO EN EL CORAZÓN
DE LAS MONTAÑAS

LA BÚSQUEDA DEL CIELO EN EL CORAZÓN DE LAS MONTAÑAS

Ignasi Beltrán Ruiz



TÍTULO: *La búsqueda del cielo en el corazón de las montañas*

AUTOR: *Ignasi Beltrán Ruiz*®, 2021

COMPOSICIÓN: *HakaBooks - Optima, cuerpo 12*

CORRECCIÓN: *Tu voz en mi pluma*

DISEÑO PORTADA: *Hakabooks*®

FOTOGRAFÍAS PORTADA E INTERIOR: *Ignasi Beltrán Ruiz*®



Iª EDICIÓN: *noviembre 2022*

ISBN: *978-84-18575-02-0*

DEPÓSITO LEGAL: *B 22195-2022*

HAKABOOKS

08204 Sabadell - Barcelona

 *+34 680 457 788*

 *www.hakabooks.com*

 *editor@hakabooks.com*

 *Hakabooks*

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier forma de cesión de la obra sin autorización escrita de los titulares del copyright.

Todos los derechos reservados.

*A mi esposa, por lo que soñamos juntos,
por las realidades que vivimos,
por todos estos años para amarnos y crecer.
Algunas cosas... de las que no te hablé.*

*A mis hijos; entre los sueños, ¡si es que lo son!,
aparecen retazos de una realidad
que si la cultiváis os señalará un camino,
más allá de conceptos...
Realidades relativas y sueños.*

CONTENIDO

Introducción	11
Prólogo	15
Prolegómenos	19
1. El latido del verano	27
2. El comienzo del camino	35
3. La magia de mi libreta	39
4. Un sueño	41
5. La casa de mi abuela	45
6. Un descubrimiento interesante	61
7. Un dolor antiguo	69
8. La búsqueda de mi alma perdida	81
9. Retorno al jardín	89
10. Un capítulo olvidado	93
11. Tiempo de amar	99
12. El reflejo del agua	101
13. Mis encuentros con brujos y una bruja...	103
14. La difícil despedida	137
15. Un tema de orgullo herido	141
16. La decisión	153
17. La fugacidad en un remolino de viento y flores	167
18. La meteorología en nuestras vidas	171
19. La complejidad de los fenómenos	175

20. Sucedió algo... cálido y profundo, que conmovió mi ser	181
21. El encuentro con las montañas	185
22. Entrando en un peculiar espacio interior	189
23. 23. La magia de las montañas	195
24. Oda al corazón de las rocas	199
25. Buscando la montaña	201
26. Mi estancia en la cueva	207
27. El silencio de la montaña	213
28. Liberar un espacio interior	217
29. Manos sin hacedor que crean vida	223
30. Caminando por la simplicidad de la vida	225
31. El espíritu de las rocas	233
32. Creando el imaginario de una fiesta	235
33. El camino de las hojas caídas	245
34. Rutas otoñales	249
35. La cambiante luz del camino	251
36. Los estratos del presente	255
37. Los giros continuos del morir y renacer	269
38. El jardinero	275
39. La nueva primavera	281
40. El río de la vida y los recuerdos	287
41. Último poema	297
42. El final del camino	301
Epílogo	303
Glosario	313

INTRODUCCIÓN

Donde paseaba mi infancia, solo veía llanuras, extensos campos de cultivo y árboles; si me subía a ellos para mirar con cierta perspectiva hacia el horizonte, todo lo que alcanzaba la vista era plano, apenas pequeñas lomas.

Si andaba hacia la parte más elevada del pueblo, en la plaza había un antiguo castillo con una torre, el punto de más altura, desde donde aparecía el mismo panorama. No lo entendía, yo en mis sueños veía montañas que mis ojos nunca habían podido ver despierto.

Para ese tipo de enigmas no podía contar con mis padres y mis abuelos, sus respuestas eran insuficientes para mí, les faltaban adjetivos, precisión, temporalidad. Tenía que recurrir a mi abuela Magdalena. Para mí, era sabia: si en la cocina miraba su figura a trasluz o iluminada por el fuego de la chimenea y los fogones, un halo curioso la envolvía; me parecía una mujer de las que conocen todas las cosas, incluidas las magias y los sueños.

Le preguntaba en repetidas ocasiones y ella se escapaba sistemáticamente. Cuando intuía que la situación era favorable y daría alguna explicación válida a mis percepciones, le volvía a preguntar si era como las adivinas o las magas de su pueblo. Me miraba, se reía y me decía primero que no, luego que un poco, y como creo que me veía perplejo y preocupado, o tal vez cómico teatrero, me preguntaba «¿qué quieres saber?».

Le explicaba mis sueños frecuentes con unas montañas y con un hombre mayor que parecía un náufrago perdido en un espeso bosque, pero era mi amigo, y me enseñaba las montañas, las cuevas, los diferentes árboles. Y pasaba a describirle los paisajes con cada uno de los detalles que el hombre me explicaba y yo podía ver.

Ella me hablaba de las montañas donde había vivido y me daba mucha información sobre los árboles, las rocas, las nieves y las cuevas. Pero esas no eran las montañas de mis sueños. Yo insistía y, al final, un día me sentó en su regazo y me explicó que las montañas de las que le hablaba estaban en un lugar lejano a las suyas, y que aquel hombre tenía mucho que ver conmigo, que yo era un soñador como él, que nos parecíamos mucho y que lo seguiría viendo frecuentemente en mis sueños. Esa sería la oportunidad para preguntarle muchas cosas pues, como las mujeres que yo llamaba 'sabias', él conocía bien esa forma de sabiduría y muchas otras cosas que seguro me explicaría. Pero ella ya no podía decirme nada más, el resto lo descubriría yo mismo pues, en definitiva, se trataba de eso, ya que el secreto de los caminos no es saber el final, sino conocer su tránsito.

Me pasé todo lo que restaba del día merodeando la cocina. Me miraba y me decía: «Yo no te puedo explicar más... Has de tener paciencia, no es una historia pasada de las que te cuento habitualmente, es una historia que se relaciona con tu futuro, y eso has de vivirlo, no se puede explicar».

Me insistió en que dejara que mis sueños me orientaran y luego los desplegara en las posibilidades o las relaciones de lo soñado con mi propia vida. Así, poco a poco, entraría en la corriente del río especial que nos lleva a las personas hacia un lugar elegido sin consciencia de ello, pero anhelado y reconocido en lo más recóndito de nuestro ser.

Confiaba en lo que me había dicho, pero seguí insistiendo. No me dijo nada más al respecto, pero me las ingenié para que me hablara de muchas otras cosas en rededor de lo que yo figoneaba; lo hizo de forma amorosa y magistral. Ahora veo cómo se desveló en mí todo un aprendizaje vital en su cálida compañía, que duró años.

No tengo su tipología ni fortaleza, y evidentemente no soy una mujer de sabiduría, pero engramé profundamente sus enseñanzas, y luego vinieron a ayudarme otras personas cuando las necesitaba. Tanto aprehendí de la relación con su persona que su calidez y sabiduría nunca me abandonaron.

Se gestó en mi interior un puente vital que comunicó muchas vidas, ajenas y propias, y me ayudó a atravesar algunas fronteras de tránsitos difíciles.

Creo que, al final, como se suele decir: de casta le viene al galgo.

¡Gracias, abuelita!

PRÓLOGO

Qué felicidad es mirar al Despierto*
y mantenerse en compañía del sabio.
Seguid entonces a los brillantes,
a los sabios, a los despiertos, a los amorosos,
pues ellos saben trabajar y ser indulgentes.

Pero si no puedes hallar
amigo ni maestro que vaya contigo,
sigue tu viaje en soledad;
como un rey que ha renunciado a su reino,
como un elefante en la selva.

Dhammapada (Proverbios de Buddha)

Tuve, y espero que tendré, *qui lo sa*, compañeros y compañeras de viaje que llegaron a ser personas entrañables, con los que hice largos trechos del camino de la vida, a los que algunos creo trascendentes y otros puede que más mundanos.

Aunque, si ponemos atención, es en la simplicidad del mundo y en el quehacer cotidiano donde se esconden muchos de los inicios trascendentes, que no percibimos de forma consciente si no ligados a vivencias y recuerdos que

rozaron, y aún lo hacen, la materia sensible de nuestras almas, y se mantienen así indelebles como referentes vitales.

Creo que estos itinerarios se unen también a un orden superior y tienen como objetivo mejorarnos como ‘personas’, palabra de cuya expansión desconocemos los posibles límites. Si bien algunas de estas cuestiones ya las traté de forma diferente en el anterior libro —*El tiempo fugaz desde mi ventana*—, ahora voy a intentar darles una cierta continuidad añadiendo otros elementos, a riesgo de repetirme en algunos aspectos (aunque no lo considero en absoluto una segunda parte; es más, siguiendo la didáctica o las formas escogidas, en la relatividad de los sucesos que acontecen y las personas que aparecen convenimos que no hay segundas partes, sino un *continuum indivisum*).

En este libro repasaré algunos aspectos nucleares de mi vida, que me llevan a diversos encuentros con otras personas y maestros, así como a un recuperar simbólico y otro real de mi esencia, a través de algunos pasajes de mis vidas y a un abandono de lo mundano, con una postrera despedida.

En este caso, me he basado también en los recuerdos, pero desde otro punto, que tiene que ver con el desarrollo de mis percepciones y los sucesivos encuentros y despedidas parciales que concluyen en un retiro a las montañas como un eremita. De una prolongada historia de soledades, experiencias e indagaciones he dejado solo lo que he creído esencial para acercarnos a ese proceso, desde un relato con pretensiones didácticas, y a ratos sin pretensiones, desde una escritura espontánea y por momentos desde una vertiente poética, en la que creo profundamente como instrumentación cálida para incitar algunos cambios o invitar a visualizar en su interior algunos paisajes plenos de imágenes de la naturaleza que nos envuelve, armonizada con lo profundamente humano y su abanico de sentimientos.

Como suelo hacer, transcribo al papel lo ya escrito en mi interior —a mí me ayudó—. Es más una forma de lenguaje que una escritura. Y dado que mi profesión es de ayuda a las personas, espero de corazón que al menos para algunas pueda serlo; y a otras, si lo dejan ahí, reposando en los recuerdos, puede que un día les sirva, tal vez cuando menos lo esperen. Lo he llenado todo de magia blanca, pura, transparente como cristal; aunque pudiera no parecerlo, es traslúcida como el agua. En algunos casos, cuasi infantil, en otros, muy de adultos. Con crítica inevitable a lo ortodoxo y en unos puntos, como ya cité, llena de poesía. Por momentos puede que el conjunto parezca increíble o fantástico, pero la vida y la relatividad manifiesta de lo que llamamos ‘realidad’ se tejen en la trama de lo que parece fantasía, mezclada con hilos de diferentes magias, sueños y también, ¡cómo no!, de lo que creemos realidades.

PROLEGÓMENOS

*Sentado en silencio sin hacer nada,
la primavera llega
y la hierba crece por sí sola.*

Dicho Zen

Prosiguiendo con el relato de mi vida, si sigo un punto desde el continuo de mi respiración y recupero el sentimiento de mi antiguo llanto infantil, a partir de unos temas interconexos puedo construir, entre realidad y fantasía, unas escenas llenas de sentimientos cálidos, inseguridades, miedos y anhelos, y un dolor antiguo que en aquel entonces atenazaba mi vientre, produciéndome angustia, con la sensación de que no estaba protegido y nutrido en el seno materno.

Puedo percibir que también en mi madre se despertaba una ansiedad asociada a otras vidas, que ella a su vez llevaba adherida a las carencias de la suya —su madre murió prematuramente durante su infancia de un enfermedad aguda—. Y finalmente yo recibí muchas herencias, antiguas y dolorosas, de difícil manejo, así como otras que me fueron de gran ayuda. Por tanto, en el conjunto de algunos recuerdos importantes que conforman mi vida consciente, siempre ha habido y persiste una sed de algo trascendente —mezclada

con miedos atávicos inespecíficos, y otros muy claros, que cuando se agudizan se expresan en forma de dolor físico, con afectaciones tanto psicósomáticas como energéticas, y también a nivel emocional, como sufrimiento— que ha ido expresándose en mi tórax y abdomen. Más adelante lo veremos en capítulos sucesivos, en la medida que me ha sido posible recuperar el origen y explicarlo en algunos temas claves.

Aunque por su naturaleza estos aspectos son hasta cierto punto indescriptibles, incluso para uno mismo, siempre he anhelado incorporarlos resueltos a la autenticidad de mi ser, para poder vivirlos sin tanto sufrimiento o al menos entendiendo su finalidad desde la aceptación y con plena conciencia.

Más allá de ello, el contacto continuo que afortunadamente he tenido con una fuente de sabiduría universal, aprehendida a medida de mis posibilidades y nivel de conciencia, que se inició de forma prematura desde las enseñanzas de mi abuela paterna y de otras muchas personas de sabiduría,* maestros y lamas han sido y siguen siendo un precioso legado de aprendizaje.

Lamento, entre otras muchas cosas, no haber sabido regalarle a mi madre, de forma resuelta y manifiesta en mi propia vida, la solución a ese laberinto agotador de angustia del que ella no pudo salir desde el anclaje a su pasado. Me consuela, y quizás con ello me autoengaño, haber podido hacerlo en cierto grado con mi padre, hacia la etapa final de su vida, y con mi madre en sus últimos días. Mientras mi hermana le leía algún pasaje de mis libros, yo me colaba en la narración; fue la forma que encontré de confrontarlo con ella, pensé que ya no era el momento—. Lo hice como me enseñaron algunos maestros peculiares, y así, en la sombra, silenciosamente, ponía un mensaje subliminal a la lectura, intentando ayudarla y expresarle mi afecto. En un capítulo

específico, «Mi encuentro con los brujos», veréis cuándo aprehendí a realizarlo por lo reflejado en él —aunque no es un método concreto—. No podía expresárselo en directo, el mismo nudo antiguo en la garganta y el estómago que me atenazaba de niño o cuando estaba en su vientre, igual que le pasaba a ella, volvía y no me dejaba expresar lo que le hubiera querido decir, ni nada de lo aprehendido. Solo me salía un llanto entrecortado que con gran esfuerzo intentaba que ella no viera.

Después de un rato, me serenaba, cogía su mano y le explicaba desde la profundidad del espacio que posibilita el silencio el secreto irresuelto de sus miedos, a partir de lo que yo creía saber. Puede que fuera desde mi tristeza, que de tantas cosas me alejé... convirtiendo muchas ocasiones llenas de posibilidades de crecimiento en dolor, ignorancia y lejanía, vacías del aprendizaje que la vida me ofrecía como regalo. Aunque también es cierto que recogí muchas con plenitud, consciencia y pletórico de agradecimiento.

Lo cito así porque siento que intento ampliar partes que den sentido a mi vida pasada, escapando de la rutina de lo convencional. Aunque visto el resultado puede que en parcelas de esas partes de mi vida fantaseara o soñara lo que acontecía. Pero, como iré desarrollando, y pienso que ya he insinuado, siento que tanto realidades como sueños nos pueden llevar a una perspectiva adecuada a propósito de la ruta que podemos seguir, y encaminarnos de forma paulatina a metas que se suceden enlazadas, desde lo que pudiera parecer un punto de irrealidad.

En mi caso, creo que tenía algunos compromisos, adquiridos desde las fuentes de las ciencias, el humanismo y la magia natural, que también nutren la vida en general, y en particular en muchas ocasiones de forma muy precisa la mía —relacionando sus pasajes sin quedarme enganchado en

ellos—. ¡Eso sí!, lleva implícita como condición a su riqueza vital, no vanagloriarse ni utilizarla en provecho propio sin una necesidad imperativa, sino en beneficio de los demás.

En este aprendizaje, pasaron tantos momentos de mi existencia, ¡y creé tantas ausencias! Ausencias en las que mi propia familia, mis amigos, mis parejas y yo mismo vivimos un personaje un tanto desdoblado, o ausente; un hombre con un pie firme en la vida, en las rutinas del cotidiano, y otro en sus rituales tanto cercanos como desubicados de lo que acontecía, como una vida paralela, perdido en lejanas montañas y parajes recónditos de los bosques. No piensen que era una especie de psicopatía, yo era plenamente lúcido, consciente y un clarividente cuerdo de todo lo que sucedía, de la obviedad viva del paisaje en el que todo acontecía y, paralelamente, del oscuro bosque en el que había aprendido a habitar mis ausencias en noches interminables.

Así agoté una parte notable de mi vida, y con ello muchas de sus parcelas consustanciales a la cronología de los ciclos humanos. Ahora siento, en este trozo que me queda... y lo pienso con cierto desasosiego: ¿qué hago?

El caso es que, sin prepotencia alguna, creo conocer ínfimos trozos de cielo; quizás solo sea desde la oscuridad del bosque o tal vez, como he dicho, los he soñado. Pero cuando repaso mi vida interior, fueron tantas las huellas de realidad que dejaron en ella que cuestionarlo sería absurdo.

Todo y así, cuando miro detenidamente algunas escenas, bien podrían ser trozos de algunos infiernos en los que al final tuve que aprender a soportar la quema dolorosa de capas y capas de ego, deseos, vanidades y teatralizaciones inútiles de mi propia vida. Pero también, ¡cómo no!, hay territorios extensos sin nombre, que, en apariencia, al relatarlos son de una simplicidad y una inocencia cuasi infantiles, pero que en ellos —que creo todas las personas tenemos— hay

una clave simbólica que, si miramos con atención, marca una dirección cuyo tránsito trasciende nuestro reducido yo, expandiendo tanto nuestro ser que se disuelve en una magia sin fronteras, *ad infinitum*, para volver a reaparecer transformado en muchos aspectos cotidianos exquisitos que, fuera de contexto, parecen trivialidades.

En estas claves encontramos también variados pasajes por los que transitan personas muy singulares y diferentes a las que hallamos en el cotidiano contacto humano, pero que, si no estamos atentos, frecuentemente suelen pasar cuasi desapercibidas; en otras ocasiones, al contrario, son impactantes y parecen fragmentar en añicos nuestros parapetos, sin más. Aunque otras que no lo parecen tanto, luego o después de años, vuelven inesperadamente en el momento preciso en que las necesitamos en nuestras vidas.

Por tanto, siento que hemos de estar muy atentos a los encuentros. Ciertamente es que han de ser desde el corazón, no desde la temerosa hipervigilancia emocional en alerta con la que es frecuente que tropecemos con la misma piedra y volvamos a caer.

No importa que hayamos perdido memoria, vitalidad, esperanza, etcétera. En la medida que desinstrumentalizamos nuestras vidas confortables y dejamos los apegos que nos atrapan, desarrollamos una atención plena desconceptualizada y, desde ese momento, no necesitamos nada, casi todo deviene simple, y el tren pasa a buscarnos puntualmente, llevándonos por paisajes sin nombre que cambian nuestra mirada y nuestros sentimientos, y transforman la profundidad de nuestro ser. Entonces, ya no hay retorno. ¡Aunque, si te empeñas, puede que este sea posible...!

Ahora, es cierto que en este momento yo no puedo subir a lo alto de los árboles, ni a las altas montañas en busca de alguna perspectiva más lejana, como hacía de niño o de joven.

Y los aviones me muestran un paisaje irreal de un mundo que, constituido por el atractivo artificio, ya no es el apropiado para las capacidades naturales del ojo y las percepciones humanas, desarrolladas desde el arraigamiento de nuestros pies a la tierra, en una perspectiva limitada, o bien ligada a los sueños y las visiones, que pienso que también forman parte de nuestra naturaleza y sus procesos conectados al inconsciente.

Por tanto, propongo levantar la mirada, como si pudiéramos cambiarla desde la fantasía, e imaginemos ver gigantes o magnificar al extremo las cosas. Podremos entonces construir una hipótesis de lo que vemos diferente a lo habitual y puede que aparezca una nueva perspectiva, que no es del todo veraz, pero tampoco absolutamente falsa. Resulta, pues, que la realidad de nuestra mirada es que con ella alcanzamos en esas circunstancias —hasta cierto punto verificables— más o menos hasta la mitad de la persona gigante o de la magnitud de la circunstancia que emerge. Digamos que vemos clara la altura que hay entre el ombligo y el corazón, el resto queda desdibujado. Aunque exista formateada en nuestro inconsciente, la realidad relativa de lo que es tiene un acceso limitado. Tal vez lo de abajo ya lo conocemos, pero creo que el centro y lo del medio es un tema que nos interesa explorar, pues acaba dándonos el nivel real.

O sea que en esta abstracción posible tendremos un panorama hacia arriba y otro hacia abajo, algo más amplio de lo que las personas vemos habitualmente cuando nos miramos el ombligo, o lo que es igual a nosotros mismos o a nuestros intereses egóicos.

En este punto, podemos reconocer lo que sentimos cuando nos centramos en la percepción de lo que acontece en rededor del corazón de los demás, y encontramos en él, en su eco inequívoco y expansivo, propio de cada ser —en

este caso, enorme en amplitud de sentimientos—, desde el que distinguimos lo propio, que deviene como reflejo que obtenemos al contemplar a los demás en su condición de generosidad y apertura. Aunque también es cierto que algunos parecen de cartón piedra, exentos de sentimiento y cerrados como un puño tacaño. No es nuestro trabajo cambiarlos, aunque eso fuera posible, pero sí ver lo que eso del otro refleja en nosotros y nos llama tanto la atención, y entonces posiblemente aflojemos más, critiquemos menos y tengamos más apertura. Encontrar el punto de mira que nos humaniza, adecuado a la persona, normalmente nos conecta con cierta ternura y bondad, consustanciales a la condición humana; o lo que resulta ser la pluridimensionalidad de las personas y sus afectos. En otros casos, conecta con las corazas propias de inseguridades y miedos, también con las que proceden de deseos y conflictos de poder para resolver, que se pueden solucionar o mejorar con los mismos ingredientes descubiertos desde el punto de mira, que vendría a ser como el ojo de una cerradura antigua que nos deja entrever qué es lo que hay detrás del gran portal.

Pues bien, la tesis tiene como resultado un viaje por el corazón de lo humano, o puede ser que desde la perspectiva de cientos de corazones acabe siendo un compendio de todos los sentimientos que manejamos los humanos y el depósito existencial de todos los viajes de nuestras almas, sean jóvenes o viejas, unidas a la manifestación de muchos reflejos del universo en nosotros, todo enlazado a algunos de los recuerdos claves a propósito de diferentes momentos de nuestras vidas. Su contemplación nos puede llevar toda una vida, en la que al final nos damos cuenta de que ya no miramos gigantes o paisajes fantaseados desde una estrategia inicial. De hecho, superamos el propio método y podemos ver sencillamente personas a la altura de nuestros corazones. Y con las visiones comunes que todos tenemos, desde las que

vamos elaborando y compartiendo —aunque los procesos sean individuales—, todas son posibles rutas a recorrer, en un trayecto en el que avanzamos a medida que caminamos hacia un origen o un final común, según cómo se mire.

OTROS LIBROS DEL AUTOR

